



Antonio Lozano:

Antonio Tabucchi, un it

En Italia le dirán que es un agitador periodístico, por Lisboa le asegurarán que saltarán un "ah, el de Pereira". Pero, ¿quién es de verdad y cómo pie

Sostiene Tabucchi que en el mismo instante en que sus ojos volaban la luz por primera vez en el hospital de Pisa cierto día de septiembre de 1943, los bombarderos norteamericanos dejaban la ciudad como un queso emmental. De ahí lo trasladaron al cercano Vecchiano, un pueblecito toscano de consecutiva raigambre garibaldina, anarquista y socialista. La prueba del carácter libertario y peleon del escenario de su infancia la pone uno de sus abuelos, quien por defender la igualdad social por todos los medios salió con una buena colección de cicatrices de la Primera Guerra Mundial y, más tarde, se las vio con las hordas mussolinianas. Pero si hubo un depositario de su misma sangre que lo encaminó de forma decisiva hacia la literatura, ése fue su llo, el intelectual de la familia, convenciéndolo para que consagrara un año de convalecencia, forzada por la rotura de la rodilla izquierda tras un accidente de tráfico, a la lectura. Así, a los 14 años pasó de encandilarse con Pinocho y Los viajes de Gulliver a hacerlo con Jack London (su favorito), Rudyard Kipling, Herman Melville y R. L. Stevenson (cuya la isla del tesoro le reportó los momentos más placenteros). Justo es decir que el chaval ya tenía de por sí una relación muy fluida con las palabras, como recordarán algunos compañeros de escuela, que vieron cómo les realizaba los trabajos de lengua a cambio de que ellos le solucionaran la papeleta con las dichosas matemáticas, ciencias y física. En su Vecchiano del alma situó su primera novela, Piazza d'Italia (1975) y éste le devolvió el favor permitiéndole disfrutar de la casa de campo que perteneciera a su combalivo abuelo izquierdista.



Sostiene Tabucchi que empezó a escribir por gusto, espolado por la mera diversión; que tuvo corrosivas dudas acerca de si publicar o no, y llegó a ponderar el recurso a un pseudónimo que hubiese consistido en el apellido materno. "Cuando me decidía dar mis obras a una editorial era un hombre maduro, que tenía 32 años, había tenido hijos, me había dedicado a otros trabajos... mientras tanto, había ido escribiendo mis cosas, pero después las tiraba, de forma muy sana; en vez de guardarlas en un cajón, las rompía, por lo que ahora no puedo recuperarlas". La oportunidad baulismal le llegó mientras cursaba el tercer año de Filosofía y Letras en la Universidad de Pisa, gracias a la intermediación de su amigo Enrico Fillipino, entonces asesor literario de la editorial Bompiani. Desde entonces, no ha dejado de escribir (y publicar, en España ya lleva veintinueve obras traducidas), aunque siempre fiel al impulso lúdico y al reclamo de la necesidad de sus orígenes. No es de extrañar por ello que crea en las musas, en la inspiración para el trabajo y en una concepción romántica de su oficio. Y eso que éste es para él un placer sulfúrico, pues los dolores de espalda lo obligan por lo general a escribir de pie, apoyándose en un arcón. Así las cosas, puede pasar largos períodos sin ponerse a la labor, dejando que el ocio mental vaya fermentando en forma de fantasía, para luego exigir una absoluta soledad creativa y ocultarse en el campo. Incluso a los ojos de su propia familia. Suele darle cita a las niñas engendradas por Zeus en verano, momento en que tiene un respiro en sus obligaciones profesoras, con preferencia por las últimas horas de la mañana y las previas al momento de cenar. Con suerte se lo puede encontrar entonces degustando un café (solo y corto), pluma en ristre, en una cafetería vieja localizada en Foeste del Marmi, ciudad costera próxima a Pisa. Eso sí, nada de ordenadores, sólo la mano emborronando cuadernos de tapas negras comprados en una añeja papelería de Pisa. El autor no tiene reparos en confesar que muchas de sus historias le han sido narradas por terceros, pero es que tampoco puede evitar ser una persona de curiosidad insaciable y máxima receptividad. Al acabar el día, puesto que su trabajo lo agota una barbaridad, se deja caer con regularidad por el cine.



Sostiene Tabucchi que el momento que le cambió la vida (en el sentido literario, ¿cuál sí no?) tuvo lugar en París, cuya Universidad de la Sorbona lo acogió en 1962 como oyente. Ante la perspectiva de un largo viaje en tren que lo llevaría de vuelta a casa, compró por azar, en una tienda sita en la Gard Du Lyon, el poemario Tabacquería de un luso llamado Fernando Pessoa

del que nunca habla oído hablar. Al llegar a su destino la voz del poeta lo había poseído con el embrujo de las sirenas homéricas, por lo que ese mismo año se montaba en su Fiat 500 para conocer la patria del flautista de las múltiples máscaras. Desde aquel día, más que profeta en su tierra es hijo adoptivo de Portugal, como demuestran tres significativas fechas; entre 1987 y 1989 fue director del Instituto Italiano de Cultura en Lisboa (etapa durante la cual residió en la calle Damasceno Monteiro), en 1989 fue un invitado de honor a los festejos oficiales del cuarto de siglo de la Revolución de los Clavetes y en 1997 asistió a la Feria de Frankfurt como representante de la literatura lusa. Su simbiosis con la cuna de los fados llega al plano metafísico, pues asegura que en el origen de Réquiem tuvo un sueño en el que se le apareció el fantasma de su padre hablando en portugués, lo que lo indujo a tomar prestada esta lengua para escribirlo. (Un breve paréntesis para señalar que el escritor considera que los momentos de vigilia son los más idóneos para recibir la visita de fantasmas de sus personajes. El espíritu del entrañable Pereira hizo acto de presencia en uno de ellos). Su amor por nuestros vecinos también se manifiesta en su condición de catedrático de Lengua y Literatura Portuguesas en la Universidad de Siena y traductor de Pessoa, actividad esta última desarrollada con la ayuda de su mujer portuguesa. Al poeta heterónimo le ha dedicado asimismo estudios (Un baúl lleno de gentes) y relatos (Los tres últimos días de Fernando Pessoa), en cuya adaptación teatral participó como actor durante las representaciones inaugurales en el Piccolo Teatro de Milán, con lo que ha contribuido decisivamente a la difusión de su obra en Italia.

Sostiene Tabucchi que "el intelectual debe levantar dudas en la opinión pública, al contrario que el político que ha de hacer creer a los votantes que viven en el mejor de los mundos posibles. El político está para tranquilizar conciencias; el intelectual, para inquietarlas. Pero no confundamos los términos: los escritores tienen que manifestar su sensibilidad social, pero las iniciativas prácticas las deben tomar los gobiernos. No hay que tomar a los primeros por una asociación de beneficencia". Fiel a esta inquietud moral, el autor ha hecho de la defensa de los derechos humanos una causa personal. Con igual delimitación se lo ha visto condenando la pena de muerte que visitando ciudades refugio como miembro del Parlamento Internacional de Escritores, sin olvidarse de romper lanzas por los animales en peligro de extinción. Quizá andando por los ecos del querido Pepito Grillo de su infancia, no ha dudado un segundo en saltar a la arena periodística para repartir pulias a izquierda y derecha, ahora clamando contra el trato vejatorio que su país a dado a los sin papeles albaneses, ahora mostrando su horror ante la llegada a la Presidencia de un señor como Berlusconi, que juega con los medios de comunicación como un niño con su scaxettric. Que tenía toda la razón se la dieron sus propias tribunas habituales, La Repubblica y Corriere della Sera, censurando sus reproches al Todopoderoso Silvio, aunque ni él mismo se debió sorprender cuando ya mucho antes había tirado de las orejas al cuarto poder por delitos contra la información plural y rigurosa. Tampoco la respuesta italiana a la literatura le da alas a su sonrisa ya que "en mi país se ha implantado una mentalidad economicista, según la cual una cosa sirve o no: observe un pragmatismo exagerado que provoca que los libros interesen muy poco". Por suerte, aquí le valoramos sus desvelos otorgándole la Pluma de Plata de los Libreros de Bilbao o el Premio Lladó a la Libertad de Expresión, galardones que se han sumado al Premio Europeo de Literatura, el Premio Médicis (por Nocturno hindú) o el Premio Arzobispo San Clemente (por Sostiene Pereira). La ficción le ha servido también como caja de resonancia para su compromiso con los desfavorecidos y los abusos políticos. Dan fe de ello esa botella al mar que lanza Pereira en forma de redentor editorial periodístico revelando la brutalidad del régimen salazarista, o la alianza entre el joven reportero lisboeta Firmino y el ácrata abogado Lotón para resolver un salvaje crimen (real) cometido por la Policía de Oporto en La cabeza perdida de Damasceno Monteiro (dedicado a su amigo Antonio Cassese, presidente del